

Carlos Mesters

La Misión del Pueblo que Sufre

Los cánticos del siervo de Dios en el Libro del Profeta Isaías

El libro se abre con una desgarradora historia del dolor del pueblo. Una de esas historias que acaecen todos los días, a las que nos vamos haciendo casi insensibles por nuestra limitada capacidad de simpatía y solidaridad, pero que siguen levantando hasta el cielo, más claro, creciente, impetuoso y amenazante, "el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos" (Cf. Puebla 87-89).

Aconsejado por un amigo sacerdote que sufría indeciblemente en su lecho con la columna desbaratada, el autor se puso a reflexionar sobre los cánticos de Isaías teniendo como fondo el dolor de su pueblo. "Este sufrimiento tienen que tener un sentido. En la lucha por la justicia y la fraternidad debe haber lugar para todos! Aun para el canceroso que muere solo en una cama, abandonado por todos! Si no fuera así, entonces, ¿qué es lo que estoy haciendo yo en esta cama?", le comentó su amigo, invitándolo a estudiar los cánticos. Durante cinco años se dedicó a su estudio; "caminaré por las calles del Brasil y de la Biblia. Y ahora estoy aquí, de regreso en la casa del Padre Alfredo, para contarle lo que encontré.

Estas bellas y profundas reflexiones sobre el Siervo sufriente ofrecen al pueblo que sufre un modelo para ayudarle a descubrir en la figura doliente del siervo su misión como Pueblo de Dios en la historia presente. Los cánticos le indican los cuatro grandes pasos de su camino de liberación como siervo sufriente de Dios.

El autor propone al final de la obra algunas claves de lectura para los textos de Isaías Junior (capítulos 40-66), con el fin de ayudar a descubrir y a sentir en ellos la preocupación y el amor de Dios para con su pueblo, con el cual camina en la historia, animándolo a no desistir en su lucha.

El objetivo de la obra es, pues, mostrar a un pueblo abandonado por los hombres —y que a veces se siente también abandonado y condenado hasta por el mismo Dios— que la Buena Nueva de la liberación para el pueblo del cautiverio fe, más que nada, la revelación del auténtico rostro del dios vivo y verdadero que se esconde detrás de los hechos de la historia. La fe revela allí sus rasgos: Dios es un amor concreto, visible en los hechos, sensible a la debilidad de su pueblo, paciente para acompañarlo en su lento caminar, celoso y fiero para defenderlo contra el opresor. Dios libera al pueblo de la esclavitud con un poder creador que utiliza todo cuanto tienen a mano. Es una presencia amiga y fiel que no falló nunca ni fallará jamás. Es un Dios santo, que pide justicia, exige compromiso y envía a la misión. Conocerlo es practicar la justicia (Cf. Jer. 22: 15-16).

Es la revelación de este rostro del Dios liberador lo que eficazmente fortalece al pueblo dentro y debilita el poder opresor que ataca desde fuera. Ese rostro desencadenó una mayor conciencia crítica y una nueva práctica de liberación que hizo del pueblo elegido y sufriente el portador de la Buena Nueva. El pueblo es el siervo que, por su vida, debe revelar a todos los hombres el dios liberador, cercano y amigo.

Ojalá la lectura de este libro, ahora traducido al español, contribuya a que las comunidades cristianas de habla hispana en América Latina, vigoricen su fe en la presencia amiga que camina con ellas en este paso histórico de su cautiverio hacia la liberación integral.

Javier Osuna S.J.

1. La Tierra del Sufrimiento

Entrando en el motivo de nuestra conversación

UNA HISTORIA

Teresita vino de Minas a la Bajada Fulminense. Vino con el marido y el hijo de pocos meses, y fue a vivir con la hermana casada. Cierta día, el hijo se enfermó muy gravemente. El marido no estaba en la casa. Ella no sabía qué hacer. Llamó al cuñado y juntos fueron al puesto medico más cercano. No los atendieron. Parece que faltaban algunos papeles. fueron al centro de la ciudad; caminaron toda la tarde de hospital en hospital.

Entrada la noche, tomaron el bus de vuelta. Por suerte encontraron un lugar para sentarse. El niño empeoraba. De vez en cuando, la mamá levantaba el pañolón y miraba al niño, preocupada. El parecía dormir. Cuando el bus paró debajo de una lámpara, ella miró de nuevo y se dio cuenta asustada que el niño se estaba muriendo. Se llenó de pánico. — "Juan, se esta muriendo!", casi gritó con voz sofocada. El cuñado miró de reojo y vio al niño desfallecido en los brazos de la madre. el también quedó asustado pero por otra razón. Tenía miedo de los pasajeros. Cuando vio que nadie les estaba poniendo atención, habló bajito: "Quita mujer! Manténgase firme! No deje percibir nada! Si no, la policía nos prende y vamos presos!".

El pavor los transformó a los dos en estatuas. Ella ya no tuvo coraje de mirar el rostro del hijo. Alguien podría desconfiar! Lo apretó un poco más contra su seno y, debajo del pañolón, agarraba la manito. Ya estaba fría. De repente, sintió un temblor pasar por el cuerpo del pequeño. Un estertor! Tres o cuatro veces.. Después la calma total en el cuerpo helado. Ella sabía: la vida se fue. Su hijo acaba de morir! Estaba segura —"El murió",, dijo bajito al cuñado— "Quieta Teresita! No deje percibir nada! Por el amor de Dios!" Habló casi llorando.

El bus corría alocado. Teresita no se mecía. Se mantenía firme. Aseguraba el hijo, mirando al frente como todo el mundo, sacudida por el bus que trataba de evitar los huecos de la carretera. Así se quedó hasta que llegaron, más de veinte minutos. El hijo muerto en los brazos!

Al día siguiente, el hijo fue enterrado, y la vida siguió como antes. Nada cambió. Sólo el dolor aumentó. Aun así, quedó la esperanza, uno no sabe cómo.

Teresita guardó el secreto de la muerte del hijo casi dos años. Tenía miedo. Sólo sufría. Por fin, le contó la historia a una hermana, y ésta preguntó: "Cómo es que usted aguanta sufrir tanto?" Ella respondió: "No sé hermana. Uno es pobre. No sabe nada. La única cosa que sobra para nosotros en este mundo es sufrir. Sólo eso es lo que uno sabe. Pero no se incomode hermana. Un día eso va a cambiar! Dios lo ayuda uno!".

"A pesar del hambre aguda y de la suerte que no cambia,

Sin casa para vivir y sin dónde emplearse, este pueblo todavía espera tu venida! Ven Señor, ven Señor, ven a liberar a tu pueblo!" (canto litúrgico popular)

UNA PREGUNTA

Teresita pertenece a los millones de los que sólo sufren, sin un por qué y sin saber por qué. Viven para sufrir, sufren para vivir, en el cautiverio del dolor. El pueblo sufre callado, resiste con los dientes apretados. No le gusta hablar de su dolor. pero el dolor no logra quedar escondido. sin querer, aparece en una frase dicha por acaso en medio de una conversación. Y mirando por la brecha de la frase, usted descubre un mar de sufrimiento. Sufrimiento tan grande, que casi no cabe en una vida humana. Quiere oír algunas de esas frases que yo oí?.

Una madre de familia me dice: "En la sequía del setenta, en un mes, perdí tres hijos entre los cuatro y nueve años. Murieron de hambre. Quedé casi enferma".

Un padre de familia me contó: "Pasamos la noche debajo de la mesa, yo, mi esposa, y los cuatro hijos. La lona que servía de tejado en mi rancho no aguantó más y el peso de la lluvia la reventó toda".

Un obrero se desahogó: "La policía me agarró y me golpeó toda la noche, yo no sabía nada. No hice nada ni soy perro para aguantar de esta manera. Será que es crimen decir a los compañeros que el salario mínimo no alcanza para vivir?".

Un agricultor me habló: "El patrón derribó la cerca de mi sembrado, echó el ganado y quemó el resto que sobró de la plantación. Ahora no tengo nada. Ya no sé qué hacer. Tengo mujer y nueve hijos."

Un amigo me contó: "Desde 1931 hasta hoy, mi padre cambió de casa veintidós veces con toda la familia en busca de un terreno para poder plantar. Sin eso, íbamos a morir de hambre".

Un conocido me soltó esta frase: "La semana pasada fui despedido del trabajo, perdí mi hija que murió de tuberculosis y me botaron de la casa a la calle. Todo en la misma semana ¡Vea si eso es vida para uno!".

¿Es necesario continuar? Siga usted mismo recordando los casos que conoce o vive. ¿Si los juntase todos, cuántos casos serían? ¿Cien? ¿Mil? ¿Cuántos? No se pueden contar, como no se pueden contar las estrellas del cielo ni los granos de arena que quedan en la playa del mar. Es todo un pueblo que sufre callado, en el cautiverio del dolor.

¿Por qué existe tanto dolor en el mundo? Para qué sirve tanto sufrimiento? ¿Por qué son siempre los pequeños, los pobres y los inocentes los que deben cargar la mayor parte de la cruz? Y de dónde este pueblo saca la fuerza para poder aguantar tanto dolor y resistir durante tanto tiempo, sin perder la esperanza y la voluntad de luchar? Usted sabe la respuesta?

"El Pueblo de Dios sigue gimiendo, Una vida de esclavo él esta viviendo.

Grita atormentado ya casi muriendo: Quién es, quién es, quien es, quién es, Quién va a liberar este pueblo, ¿José?" (canto popular).

UNA PISTA

Cierto día, fui a visitar al padre Alfredo. El estaba enfermo en la casa. Sufría mucho. Al levantar dos latas llenas de agua, su columna no aguantó el peso y se salió de su sitio. Un dolor terrible se apoderó de todo su cuerpo. No había remedio que aliviara su sufrimiento. El dolor entró en él como entra el agua en una esponja. Eso ya duraba cinco días y cinco noches, sin parar un solo instante. Acostado en la cama, me dijo: "Estos días he pensado mucho en el sufrimiento. Qué sentido le voy a dar a este dolor, del cual no escapo ni veo el ¿por qué? ¿Usted sabe? Le garantizó a usted que en este Brasil hay mucha gente como yo. Gente que apenas sufre, sin un por qué y sin saber el por qué!"

Continuó: "Todo eso me hace pensar en el dolor del Siervo de Dios del que habla el profeta Isaías. usted sabe, aquel hombre de la Biblia que sufrió

tanto allá en el cautiverio de Babilonia y que, por su sufrimiento, libertó al pueblo. El supo transformar la paciencia en pasión, y condujo al pueblo a la resurrección".

Y Alfredo concluyó: "Me parece que nuestro pueblo pobre y sufrimiento está llamado a ser hoy el Siervo de dios que por su sufrimiento, trae para todos la justicia y la liberación! ¿Usted entiende lo que quiero decir?"

Se calló, me miró y me dijo: "Su cara me dice que no me entendió. Es que usted no está sufriendo lo que yo sufro ni lo que el pueblo sufre. Usted sólo tiene ideas sobre el sufrimiento, no tiene el sufrimiento. Lo que acabo de decir puede parecer locura y escándalo, como fue locura y escándalo la cruz de Cristo. Pero el sufrimiento tiene que tener sentido! En la lucha por la justicia y la fraternidad debe haber lugar para todos! Aun para el canceroso que muere solo en una cama, abandonado por todos! Si no fuera así, ¿qué es lo que estoy haciendo yo en esta cama? ¿Ahora entiende?"

Y sin esperar una respuesta, Alfredo insistió: "Dele una mirada a aquellos cuatro cánticos del Profeta Isaías que hablan del Siervo Sufriente. Haga un estudio, y después, usted me cuenta lo que encontró. Quién sabe si la Palabra de Dios nos trae alguna luz para aclarar el problema del sufrimiento, del sufrimiento del pueblo. Pero tenga cuidado. No entre nunca solo a la Biblia. Usted se perdería y no encontraría nada. Lleve consigo en su recuerdo el dolor del pueblo al que pertenece!"

Fui a hacer lo que el Padre Alfredo pidió, y comencé a estudiar los cuatro cánticos del profeta Isaías. Lo hice a la manera que él lo pidió; llevé conmigo, en mi recuerdo, el sufrimiento de nuestro pueblo y fui andando. Durante cinco años caminé por las calles del Brasil y de la Biblia. Y ahora estoy aquí, de regreso en la casa del Padre Alfredo, para contarle lo que encontré. Antes, sin embargo, quiero dar tres breves informaciones sobre los cuatro cánticos de que hablaba Alfredo. Es para ayudar a entender la historia que voy a contar.

Tres breves informaciones sobre los cuatro cánticos

1. ¿Quién escribió?

Los cuatro cánticos del Siervo de Dios están esparcidos por la segunda parte del Libro de Isaías, es decir, por los capítulos 40 hasta el 55. Esta parte del libro fue escrita por un discípulo de Isaías. El vivía junto al pueblo en el cautiverio de Babilonia, alrededor del año 500 antes de Cristo, mucho después de la muerte del profeta Isaías. No sabemos el nombre de este discípulo. Algunos lo llaman Segundo Isaías. Nosotros lo vamos a llamar Isaías Junior.

2. ¿Quién es el Siervo de Dios?

Mucha gente se pregunta: ¿quién es el Siervo? ¿Es el pueblo? Es Jesucristo? ¿Somos nosotros? Es alguno de los profetas? En quién estaba pensando Isaías Junior cuando escribió los cuatro cánticos? La respuesta más probable es la siguiente: La idea del Siervo la sacó Isaías Junior de la vida del profeta Jeremías, el gran Sufriente, que nunca bajó la cabeza delante de sus opresores y que hizo tanto para mantener en el pueblo la esperanza. Isaías Junior vio en él un ideal para el pueblo sufriente del cautiverio y se inspiró en él para hacer los cuatro cánticos. Pero al hacer los cánticos, la preocupación mayor de Isaías Junior ya no era escribir la vida de Jesús, sino presentar al pueblo del cautiverio un modelo que lo ayudara a descubrir en la figura del Siervo, su misión como Pueblo de Dios. Por tanto, para Isaías Junior, el Siervo de Dios es el pueblo del cautiverio! Más tarde, Jesús se inspiró en los cuatro cánticos del Siervo para realizar su misión aquí en la tierra. Por eso, el Siervo es también Jesús.

3. ¿Qué es lo que nos dicen los cuatro cánticos?

Los cuatro cánticos son una especie de cartilla o itinerario. Indican los cuatro pasos del caminar del pueblo como Siervo de Dios. Son un espejo para que el pueblo pueda tomar conciencia de su misión. Son un ideal para ser realizado por todos los que quieren pertenecer al pueblo de Dios.

Más adelante serán dados los argumentos para probar estas tres afirmaciones. Por ahora, basta la brevedad de la información. Dicho esto, pido su permiso para empezar a contar la historia del Siervo de Dios.

Voy a contar una Historia

"Voy a contar una historia. Es del Siervo Sufriente. Está en la Biblia, está en la vida. Es la de quien sabe lo que es el dolor. El profeta Isaías fue quien primero la contó, Pero el pobre de este mundo con su vida la completó. El cántico del profeta nos indica y nos conduce. Ese Siervo de quien habla es Nuestro Señor Jesús!"

Este canto tan bonito, viniendo de allá de Paraíba, nos presenta el fruto de una larga reflexión. El dice claramente que el Siervo es Jesús; y es también nuestro pueblo, este pueblo sufriente, que imita a Jesucristo, resistiendo contra el dolor. Pero hasta llegar a este fruto, costó lucha y sufrimiento. Llevó tiempo, mucho tiempo, llevó siglos de dolor.

Primero había sólo la tierra, tierra de sufrimiento. Después apareció la semilla, semilla de resistencia. De la semilla nació un tallito verde de la esperanza, esperanza de liberación. De aquel hilito verde del tamaño del césped, surgió la espiga que se fue llenando en la paciencia del tiempo, tiempo de lucha y de espera. Sólo después de todo esto, bien al final del crecimiento, apareció el fruto maduro que, hasta hoy, alimenta el pueblo y lo ilumina en su caminar. Y el fruto es éste: El Siervo es Jesús, pero es también el pueblo este pueblo sufriente, que imita a Jesucristo resistiendo contra el dolor.

Voy a contar la larga historia de este Siervo Sufriente, desde la tierra del sufrimiento que recibe la semilla, hasta el fruto maduro que nos revela la misión del pueblo que sufre. Como itinerario voy a seguir los cuatro pasos indicados por los cuatro cánticos de Isaías Junior.

2. La Semilla de la Resistencia

Primer canto - Primer paso Isaías 42, 1-9

Dios escoge a su siervo y lo presenta al mundo

"He aquí a mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido, el preferido de mi corazón. He puesto mi espíritu sobre él. El les enseñará mis juicios a las naciones". (Isaías 42, 1).

Con estas palabras solemnes, dirigidas por Dios a todas las naciones del mundo y transmitidas hasta nosotros por el discípulo del profeta Isaías, el primer cántico abre la historia del siervo de Dios.

Dios es quien toma la iniciativa. El escoge al pueblo del cautiverio para ser su Siervo y le confía una misión importante. El dice al pueblo:

"Yo, Yavé, te he llamado para cumplir mi justicia, te he formado y tomado de la mano, te he destinado para que unas a mi pueblo y seas luz para todas las naciones. Para abrir los ojos a los ciegos, para sacar a los presos de la cárcel, y del calabozo a los que estaban en la oscuridad".(Isaías 42, 6-7)

Al oír estas palabras, uno se pregunta: "¿Cuál es el pueblo de esta tierra capaz de realizar una misión tan grande?" Uno se imagina inmediatamente un pueblo organizado, bien preparado, de grandes cualidades. Imagina un pueblo consciente, lleno de fe y de esperanza, dispuesto a aceptar inmediatamente el llamado de Dios. Pero nada. Nos engañamos. El proceder de Dios es otro. La realidad fue muy diferente.

La Situación del Pueblo que fue escogido para ser el Siervo de Dios

El pueblo escogido por Dios para realizar aquella misión tan importante era un pueblo sufrido y oprimido, casi sin fe y sin esperanza. Un pueblo que, de tanto sufrir, se entregó finalmente diciendo: "Estoy al fin de mis fuerzas, se acabó mi esperanza que venía de Dios" (Lam. 3, 18). Un pueblo casi sin conciencia, sin iniciativa y sin salida (Lam. 3, 7.9). Un pueblo explotado, "que conoció de cerca el dolor" (Lam 3, 1). No era ni pueblo, apenas un resto de pueblo, el "deshecho de las naciones" (Lam. 3,45). Era la sobra del mundo, esclavizado por el rey Nabucodonosor.

¿Qué fue lo que ocurrió para que el pueblo quedase de esa manera? La historia cuenta lo siguiente. En el mes de julio del 587 antes de Cristo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino con un gran ejército e invadió Palestina, la tierra donde vivía el pueblo de Israel. Cercó la ciudad de Jerusalén, destruyó todo con el fuego, mató mucha gente, y parte del pueblo que quedó de la matanza fue llevado como esclavo al cautiverio en Babilonia (cf. 2 Re 24 y 25). Entre ellos estaba Isaías Junior.

Isaías Junior comparó al pueblo del cautiverio con una de aquellas plantas secas del desierto. Pedazo de raíz reseca, enterrado en un suelo desierto. (Is 53, 2). Quien ve el sertao en época de sequía dice: "Aquí ya no crece nada!". Quien veía al pueblo en aquella situación decía: "De este pueblo ya no sale nada bueno. Es el fin". Y no era exagerado. Era realmente una situación de muerte. El propio pueblo decía: "Dios me hace vivir en las tinieblas, como un difunto enterrado hace mucho tiempo. Las aguas me cubrieron la cabeza y yo grité: Estoy perdido!" (Lam. 3,6.54). Perdieron todo. La única cosa que quedaba para el pueblo era sufrir el dolor que lo aplastaba. "Lo que sobra para nosotros en este mundo es sufrir", decía Teresita.

Oyendo todo esto, uno se pregunta con curiosidad: "Cómo era entonces la situación de aquel pueblo cuando Dios lo llamó para ser su Siervo?" En la Biblia existen cinco Lamentaciones, atribuidas al profeta Jeremías, en que el pueblo llora su desgracia, ellas describen la desnutrición de Jerusalén, la masacre del pueblo y la esclavitud del cautiverio, y permiten hacer una comparación entre el dolor del cautiverio ayer y el cautiverio del dolor de hoy. Voy a dar un resumen de estas cinco Lamentaciones. No se asusten. Fue un dolor terrible. Casi no se puede creer!

La tercera Lamentación empieza así: "Yo soy el hombre que conoció el dolor de cerca" (Lam 3,1). Cuál fue el dolor que él conoció? El responde:

¡Yo vi el hambre!

Vi a todo el pueblo gimiendo de hambre, buscando pan (Lam. 1,11); niños pidiendo comida, y no había (Lam 4,4); criaturas muriendo de hambre en los brazos de sus madres, mientras preguntaban: "Mamá, dónde hay pan?" (Lam. 2,12); niños y lactantes, caídos por las calles de la ciudad como si fueran heridos de guerras (Lam. 2,11); el pueblo saliendo de casa con riesgo de la vida en busca de alimentos (Lam. 5,9); ancianos y sacerdotes asesinados brutalmente mientras buscaban alguna cosa para comer (Lam. 1,19). gente ofreciendo sus joyas a cambio de un poco de comida (Lam. 1,11). El hambre los torturaba a todos. (Lam. 5,10)

Yo vi la miseria!

Vi al pueblo pagando a precio de oro el agua que bebía, y gastando mucho dinero por la leña que usaba (Lam. 5,4); los que antes se alimentaban con manjares deliciosos, desfallecen de hambre por las calles (Lam. 4,5); los que fueron criados en medio del lujo dormían en camas de estiércol (Lam. 4,5); los de piel suave quedaron reducidos a piel y hueso, secos como madera (Lam. 4,7-8); fuimos forzados a extender la mano a Egipto y a Asiria para conseguir el pan que comíamos (Lam. 5,6); quedamos sin ayuda, y todo el mundo se burlaba de nosotros (Lam 1,7.21; 2,16). Era mucho mejor morir por la espada que morir de muerte lenta por el hambre! (Lam. 4,9)

¡Yo vi el terror!

Vi mujeres violadas en la ciudad de Jerusalén, y muchachas deshonradas en todo el país (Lam. 5,11); cadáveres de viejos y niños, de muchachos y muchachas, tirados por todas partes en las calles de la ciudad (Lam. 2,21); sacerdotes y profetas asesinados dentro del propio templo del Señor (Lam. 2,20); los líderes del pueblo ejecutados por la mano de los enemigos, sin ningún respeto por su vejez (Lam. 5,12). en la calle, la espada mataba a los hijos, y en la casa, la muerte reinaba (Lam. 1,20); vi madres que llegaron al punto de comer sus propios hijos (Lam. 2,20);

mujeres de manos delicadas que cocinaban sus niños y, enseguida, los servían como comida en la mesa (Lam. 4,10). Fue un verdadero festival de terror! (Lam. 2,22).

Yo vi la destrucción!

Vi la ciudad toda destruida; nada quedó en pie (Lam. 2,1-9); las casas del pueblo y el lugar de sus reuniones (Lam. 2,2.6), las fortalezas, las murallas y las puertas de la ciudad (Lam. 2,2.9). el altar, el santuario y los palacios (Lam. 2,5.7), todo fue destruido por el fuego (Lam. 2,3; 4,11). La fuerza del pueblo fue quebrada (Lam. 2,3). Profanaron todo, y quedamos sin nada: sin rey y sin príncipes (Lam. 2,2.6.9) sin sacerdotes y sin profetas (Lam. 2,6.9), sin fiestas y sin nuestros sábados, sin ley y sin profecías (Lam. 2,6.9); el Templo de dios, la Gloria de Israel, fue invadido, robado y destruido (Lam. 1,10; 2,1.7).

Grande como el mar fue nuestra desgracia! (Lam. 2,13).

¡Yo vi la tristeza de la muerte!

La ciudad perdió su belleza (Lam. 1,6), Jerusalén, Hija de Sión, quedó desnuda; ella gime y esconde el rostro de vergüenza (Lam. 1,8); llena de amargura, ella llora día y noche (Lam. 1,2.4). Se acabó la alegría (Lam. 5,15): nadie más se presenta en los días de fiesta (Lam. 1,4), Los sacerdotes gimen, los jóvenes no cantan más (Lam. 1,4) (5,14), las muchachas bajaron la cabeza, mudas de tristeza (Lam. 1,4; 2,10); hasta los ancianos callaron y no conversan más (Lam. 2,10), ni se reúnen más junto a las puertas de la ciudad (Lam. 5,14); los bailes se transformaron en velorios (Lam. 5,15); todo se volvió una gran ruina, llena de luto (Lam. 1,4). Nadie nos viene a consolar, las lágrimas corren (Lam. 1,9.16), ya no hay consuelo para nuestro dolor! (Lam. 1,2;2,13).

¡Yo veo la esclavitud!

Nuestra juventud fue llevada al cautiverio (Lam. 1,18): los muchachos tienen que arrastrar la piedra de molino y las muchachas andan caídas bajo las cargas de leña (Lam. 5,13). Un pueblo de esclavos nos domina (Lam. 5,8), y no hay nadie que nos pueda liberar (Lam. 4,17); vivimos acosados, con el yugo al cuello (Lam. 5,5), estamos agotados por los trabajos forzados, oprimidos en dura esclavitud, y no nos dan el mínimo descanso (Lam. 1,3; 5,5); traída por los amigos, amantes de otrora (Lam. 1,2) la ciudad libre se volvió esclava (Lam. 1,1); nuestra herencia cayó en manos de desconocidos (Lam. 5,2), pues nuestros jefes son como ganado de pasto, empujado por el arriero (Lam. 1,6). Vi el desastre de la Capital, Hija de mi pueblo (Lam. 2,11), pueblo desterrado, humillado y esclavizado! (Lam. 1,3).

Realmente, quien presencié todo esto podía decir en verdad: "Yo soy el hombre que conoció el dolor de cerca!" (Lam. 3,1). Podría gritar a los cuatro vientos:

"Ustedes todos que pasan por la calle, paren y miren para ver si, en algún lugar, exista un dolor semejante a mi dolor!" (Lam. 1,12).

Después de este resumen de las Lamentaciones, ya se puede entender por qué Isaías Junior comparó al pueblo del cautiverio con el "Hombre de Dolores" (Isaías 53,3). Hombre desfigurado, sin un mínimo de condición humana, sin gracia ni belleza, despreciado, lleno de sufrimiento, evitado por los otros como si fuese un leproso, herido por Dios, humillado y castigado por El, aplastado y maltratado por los hombres, condenado como un criminal, sin ley, sin justicia, sin defensa (Is. 53,2-9).

La manera de actuar de Dios es diferente a nuestra manera de actuar

Fue este el pueblo que Dios escogió para ser su Siervo y realizar aquella misión de justicia y de liberación. Uno imaginaba un pueblo altamente preparado, bien organizado, de grandes cualidades. Imaginaba a un pueblo consciente, lleno de fe y de esperanza. Pero fue un engaño nuestro. La lectura de la Biblia nos ayudó a percibir que la manera de actuar de Dios es otra, y probó que la realidad fue bien diferente.

Nadie más creía en aquel pueblo ni él mismo, sólo Dios. Dios seguía creyendo en el pueblo del cautiverio y lo llamaba diciendo:

"Tú eres mi Siervo. Yo te escogí y no te rechacé. No tengas miedo, porque yo estoy contigo. No te angusties pues yo soy tu Dios. Yo te doy fuerzas, yo soy tu auxilio. Yo te sostengo con el poder de mi brazo" (Isaías 41, 9-10).

Esta es la manera de Dios que la Biblia enseña y la vida nos confirma. Es diferente, bien diferente de nuestra manera. Quién de nosotros iría a escoger un pueblo así y apoyarse en él para arreglar el mundo? ¡Sólo Dios mismo! Y Dios no cambió de esa época para acá.

Por medio de esta elección, Dios mostró su preferencia. Se quedó al lado de los oprimidos. Los poderosos, los dueños del mundo, los que masacraban al pueblo y de él se mofaban, éstos, ahora, tienen que inclinarse ante este mismo pueblo para recibir de él el servicio de Dios. Se invirtió la situación.

Así, desde el inicio del primer cántico, Dios llama la atención del mundo entero hacia los pequeños y los oprimidos, sus Siervos. Dios quiere que todos miren hacia los pobres y descubran ahí la Buena Noticia que, por medio de ellos, ofrece a todos.

¿Por qué Dios escoge justamente a los pobres? ¿Qué es lo que ellos tienen de especial para merecer la preferencia del corazón de Dios? ¿Cuál es la Buena Noticia de Dios que ellos anuncian? La respuesta a estas preguntas sigue enseguida en el primer cántico, donde Isaías Junior nos ofrece un retrato hablado del Siervo de Dios.

El retrato hablado del Siervo de Dios

"El no clamará, no gritará, ni alzará en las calles su voz. No romperá la caña quebrada ni aplastará la mecha que está por apagarse. Enseñará mis juicios según la verdad, sin dejarse quebrar ni aplastar, hasta que reine el derecho en la tierra. Los países lejanos esperan sus ordenanzas" (Isaías 42,2-4).

Este texto fue usado muchas veces para enseñar a los pequeños la humildad, la paciencia y la mansedumbre. Pero no es precisamente éste su sentido. Es lo contrario. El texto describe la manera de vivir de aquel pueblo oprimido allá en el cautiverio y quiere llamar la atención de todos hacia el derecho y la justicia que él ya estaba practicando.

El Siervo, el pueblo, es presentado como alguien que "no rompe la caña quebrada, ni aplasta la mecha que está por apagarse". Es decir, él no aplasta ni ofende a los más débiles que él. Se dice también que el pueblo "no grita, no clama, no alza en las calles su voz". Es decir, él no usa ni propaganda ni demagogia, como hacían los grandes. Pero ya en frente, insistente y fiel, sin desanimarse ni desfallecer, hasta establecer el derecho sobre la tierra.

En este retrato hablado se transparenta el valor de aquel pueblo: a pesar de lo aplastado, él no aplastaba; a pesar de lo oprimido, no oprimía; a pesar de recibir injusticias, no respondía con injusticias. A pesar de todo su sufrimiento y desánimo, el pueblo resistía y no se dejaba contaminar por la manera de vivir de sus opresores. No permitió que Nabucodonosor le robara el ideal que Dios soñaba para todos, a saber, el ideal de una sociedad fundada sobre el derecho, sin opresores ni oprimidos.

Ahora, quien vive así, aunque no sepa nada, es un anuncio vivo de la Buena Noticia que Dios tiene para todos. Quien vive así, aún sin saber, promueve el derecho y es semilla de resistencia contra la opresión. El merece la preferencia del corazón de Dios. Así, aun sin darse cuenta de la importancia de su testimonio, el pueblo del cautiverio ya prestaba al mundo el servicio de Dios. ¡Ya era Siervo de Dios! ¡Y Dios lo reconoce y lo asume! Apuntando al pueblo, él declara a todos:

"He aquí a mi Siervo a quien yo sostengo, mi elegido el preferido de mi corazón!" (Isaías 42,1).

Pero no todos los pobres viven así. Muchos de ellos se dejan contaminar por la manera de vivir de sus opresores. Prefieren imitar a Nabucodonosor. A pesar de ser los oprimidos tienen cabeza de opresor. Dan cama y comida a los que los explotan. Pierden así su dignidad de gente y dejan podrir dentro de sí la semilla del futuro que está escondida en el suelo de su vida. Esto fue lo que ocurrió allá en el cautiverio de Babilonia. Muchos abandonaron la pequeña comunidad, se adhirieron al sistema montado por Nabucodonosor y empezaron a enriquecerse. Para ellos, el cautiverio no fue tan penoso, pero no nació de ellos el futuro.

El futuro nació del pueblo pobre, oprimido y desanimado, que, a pesar de toda la desgracia, continuó fiel al derecho y a la justicia y no se dejó contaminar por la mentalidad de sus opresores. Aun sin saberlo, este pueblo estaba siendo, de hecho, el Siervo de Dios. Y a él Dios le va a entregar una misión importante.

La Misión del Pueblo que sufre

Después de haber presentado a su Siervo a las naciones del mundo, Dios se dirige ahora al propio Siervo y lo destina para su misión:

"Así habla Yavé, el que creó los cielos y los estiró, que puso firmes cimientos a la tierra y produjo todas sus plantas, que dio alimento a sus habitantes y respiración a los seres que se mueven en ella.

Yo, Yavé, ¡Te he llamado para cumplir mi justicia!" (Isaías 42, 5-6).

Isaías Junior usa el modo de presentar a Dios como el Creador del universo y de la vida (Is. 42,5). El muestra así la importancia de la misión que el pueblo va a recibir, y garantiza que el pueblo puede contar siempre con el poder creador de Dios para realizar su misión.

Enseguida, el propio Dios toma la palabra y se presenta al pueblo: "Yo, Yavé, ¡te he llamado para cumplir mi justicia!" (Is. 42,6). En estas pocas palabras, Dios esclarece dos cosas de extrema importancia:

1. "¡Yo soy el Señor!" La palabra Señor traduce el nombre Yavé. El nombre Yavé quiere decir "presencia liberadora en medio del pueblo". El expresa el compromiso que Dios asumió en el pasado de estar con el pueblo para liberarlo de la esclavitud de Egipto (Ex. 3,13-15). Y ahora, El invoca este mismo Nombre para expresar su compromiso de estar con el pueblo del cautiverio y de ayudarlo en su misión. Como Moisés, el pueblo puede contar siempre con la presencia liberadora de Dios en medio suyo!.

2. "Te he llamado para cumplir mi justicia!" Algunos entienden esta afirmación así: "Yo te llamé, para que tu estés de acuerdo con la justicia".

Pero éste no es el sentido verdadero. Es el propio Dios que quiere cumplir su deber de justicia y, por eso, El llama al pueblo del cautiverio para ser su

Por un lado, estaba Nabucodonosor que pisoteó los derechos de los pueblos, despedazó la justicia y creó un sistema que mantenía el mundo en la esclavitud. Por otro lado estaba el pueblo por él esclavizado que, a pesar de oprimido, no oprimía; a pesar de sufrir la injusticia, no respondía con injusticias. Cuál de estos dos debía ser llamado para promover el derecho y la justicia sobre la tierra: Nabucodonosor, el sabio, el fuerte, el rico, más injusto y opresor, o el pueblo ignorante débil y pobre, más justo y fiel? La respuesta es evidente. "De acuerdo con la justicia", quién debía ser llamado era el pueblo! Y Dios quiso ser justo. Llamó "de acuerdo con la justicia". Llamó a los pobres. Con otras palabras, la opción por los pobres y oprimidos no es facultativa, sino que es un deber de justicia, de justicia divina!

Enseguida, Dios define la misión del pueblo del cautiverio y dice:

"Yo, te he formado y tomado de la mano, te he destinado para que unas a mi pueblo y seas luz para todas las naciones. Para abrir los ojos a los ciegos, para sacar a los presos de la cárcel, y del calabozo a los que estaban en la oscuridad". (Isaías 42,6-7).

De acuerdo con la voluntad de Dios que aquí se expresa, la misión como Siervo va a tener que dar rumbo y sentido a la vida, a la lucha y al sufrimiento del pueblo. Pues fue para esta misión para la que Dios lo formó y lo destinó, y El continúa tomando la mano de su pueblo (Is. 42,6), como un padre asegura la mano de su hijo.

La misión es muy concreta. Es de liberación. Al recorrer los otros cánticos va a quedar más claro en qué consiste esta misión y cómo debe ser realizada. De cualquier manera, conviene destacar dos puntos:

- El pueblo debe unirse entre sí y, así, servir a los otros; no puede cerrarse sobre sí mismo, sino que debe ser "luz de las naciones".
- El pueblo recibe su misión no de los hombres ni de las autoridades del pueblo, sino del propio Dios: esto le da libertad para afirmarse delante de aquellos que, en nombre de una autoridad humana, lo oprimen y explotan.

Los Recursos que garantizan el éxito de la Misión del Siervo

Para poder realizar su misión, el pueblo oprimido no está solo. El puede contar con muchos recursos. Recursos diferentes de los normales. El puede contar con el apoyo y la preferencia de Dios (Is. 42,1), con el don del Espíritu (Is. 42,1) con el poder Creador (Is. 42,5), con la certeza de la presencia liberadora de Dios expresada en el nombre Yavé (Is. 42,6), con el compromiso que Dios asumió con la justicia (Is. 42,6), y con el constante acompañamiento de la mano divina (Is. 42,6). El puede contar todavía con la certeza de que ésta es su misión, recibida del propio Dios (Is. 42,6). Finalmente, él puede contar con la certeza de que los pueblos más lejanos están a la espera de sus ordenanzas (Is. 42,4). Entonces, su mensaje viene al encuentro de las aspiraciones más profundas de los hombres. El siervo no es un extraño. El es bienvenido.

Y ahora al final del primer cántico, Dios empeña todo su prestigio y toda su honra en la misión del pueblo oprimido. El dice:

"¡Yo soy el Señor! ¡Este es mi Nombre! no dará mi gloria a otros, ni mi honor a los ídolos. Las profecías del pasado ya se realizaron, ahora anuncio cosas nuevas, antes que pasen se las doy a conocer!" (Isaías 42,8-9).

"¡Yo soy el Señor! ¡Este es mi nombre!" Dios renueva su compromiso de estar con el pueblo oprimido y de ser en medio de él una presencia liberadora. La gloria de Dios es ver a su pueblo libre, fraterno y feliz! La raíz de la libertad, de la fraternidad y de la felicidad es el propio Dios. El no va a permitir que Nabucodonosor, apoyado en falsos dioses oprima a su pueblo y le impida realizar su gran sueño para todos los hombres.

El compromiso con el que Dios asume la misión y el caminar del pueblo es tan grande que El llega a decir: "Ahora anuncio cosas nuevas! Antes que pasen se las doy a conocer!" (Is. 42,9). Como Señor de la historia, Dios garantiza desde ya, el suceso de la misión de su Siervo.

En una palabra los recursos con que los pobres cuentan para realizar su misión, no son los bienes materiales. No son la riqueza y el prestigio, ni el poder y la fuerza pero sí la conciencia clara de tener el apoyo de Dios, de estar actuando en Nombre de Dios y de estar respondiendo a las ansias

más profundas de los hombres. De ahí nace su autoridad para hablar y actuar, para organizarse y ejercer su creatividad.

La solemnidad y la seriedad con que las cosas son dichas en este primer cántico ya dejan entrever que se trata de una misión difícil y arriesgada que va a encontrar mucha represión por parte de los grandes y a provocar mucho sufrimiento en los pequeños.

Primer Canto, Primer Paso

Hicimos lo que el Padre Alfredo pidió. Acabamos de ver el primer paso del caminar del pueblo oprimido como Siervo de Dios. El primer paso es éste: no dejarse contaminar por la manera de vivir de los opresores del pueblo; no imitar a Nabucodonosor que esclaviza a los hermanos más débiles y los explota. Este primer paso es el valor escondido del pueblo oprimido, es la semilla de la resistencia contra la opresión, es la base escogida por Dios para una nueva sociedad sin opresores ni oprimidos. Es el comienzo de un futuro mejor, pues rehusa radicalmente la opresión del hermano. Los que dan este paso ya son Siervos de Dios, ya ejecutan la misión de Dios, aunque no lo sepan. ¡Todos están invitados a dar este paso!

En el primer cántico, oímos a Dios diciendo al pueblo: "¡Yo te llamé!" . En el segundo cántico, ya va a aparecer la nueva conciencia que el llamado de Dios produjo en el pueblo. Pero entre el llamar y despertar de la conciencia va un largo y penoso camino. Es la historia de este largo y penoso camino la que yo voy a contar ahora, entrando en el segundo cántico del Siervo de Dios. De la semilla de resistencia, que despertó dentro de la tierra de sufrimiento, va a nacer el hilito verde de la esperanza que se revela en la nueva conciencia del pueblo.

3. Un tallito verde de Esperanza

Segundo canto - Segundo paso Isaías 49, 1-6

Entre el primero y el segundo paso

Dios amaba al pueblo y lo llamaba para ser su Siervo. Quería que el pueblo tomase conciencia de su misión. Pero el pueblo que sufría en el cautiverio tenía dificultad de creer en el llamado. Quedaba suspendido entre Dios que lo llamaba y la realidad que lo oprimía. Dios decía una cosa, y la realidad parecía decir lo contrario.

Dios lo llamaba para establecer el derecho sobre la tierra (Is. 42,1.4), pero la realidad llevaba al pueblo a decir: "Dios desconoce mi derecho!" (Is. 42, 6), pero el pueblo se sentía tratado sin justicia por el propio Dios y gritaba: "Hazme justicia!" (Lam. 3,59).

Dios lo llamaba para unir a su pueblo (Is. 42,6), pero los hechos llevaban al pueblo a decir: "Como ganado que se lleva al matadero, tu nos entregas para ser desparramados entre los pueblos" (Sal. 43,12). Dios lo escogió para ser la luz de las naciones (Is. 42,6), pero el pueblo decía: "Dios me hace vivir en las tinieblas como un difunto enterrado hace mucho tiempo!" (Lam. 3,6).

Dios lo llamaba para abrir los ojos a los ciegos (Is. 42,7), pero al propio pueblo le faltaba la luz en los ojos: "¿Quién es ciego, sino mi Siervo?" (Is. 42,19). Dios lo llamaba para liberar a los prisioneros (Is. 42,7), pero el propio pueblo gemía en la esclavitud y decía: ""Cargando el yugo al cuello, somos perseguidos, sin que nos sea dado el mínimo descanso!" (Lam. 5,5).

Dios lo convidaba para cantar de alegría (Is. 54,1), pero el pueblo se perdía en la tristeza y decía: "La paz me fue robada, ya yo no sé lo que es ser feliz" (Lam. 3,17). Dios decía: "No tengas miedo, porque yo estoy contigo!" (Is. 41,10), pero el pueblo rezaba: "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonaste?" (Sal. 21, 1).

Dios mandaba que el pueblo observara los hechos para descubrir en ellos las señales de su presencia (Is. 41,1-5); (42,18-25), pero el pueblo no percibía nada y tenía que oír el insulto de los otros que decían: "Entonces dónde está ese Dios de ustedes?" (Sal. 41,11). Dios pedía que mirase hacia el frente y confiara en el futuro (Is. 42,9), pero el pueblo se encerraba en su pasado y lloraba de nostalgia: "Vivo hoy de nostalgias que me conmueven profundamente" (Sal 41,5).

La dificultad del pueblo para creer en el llamado de Dios

Realmente, no era fácil creer en el llamado de Dios. Todo parecía indicar lo contrario. Extraño llamado. Oprimido por el dolor, el pueblo debía anunciar el fin del sufrimiento; con sus derechos pisoteados, debía establecer el derecho sobre la tierra; despreciado por los pueblos, debía ser luz de las naciones; ciego, debía iluminar; preso, debía liberar; triste, debía

alegrar; casi muerto, debía anunciar la vida; viviendo en las tinieblas, debía ser luz!.

¿Es posible una cosa semejante? ¿Entiende usted eso? ¿Qué haría usted si estuviese en aquella situación? ¿Lo creería?

La manera de Dios es muy diferente. Parece "locura y escándalo" (1 Cor. 1,23).

En un primer momento, el pueblo del cautiverio reaccionó contra el llamado de Dios. En vez de llamado, se sentía rechazado por Dios (Is. 49,14). El Salmo 43, escrito probablemente en la misma época, expresa bien este sentimiento de rechazo. En este Salmo el pueblo dice:

"Hoy, tú nos rechazas e insultas, no asumes el liderazgo de nuestras batallas. Tú nos haces retroceder delante de nuestros enemigos. Estamos siendo explotados por los que nos odian. Como ganado llevado al matadero, tú nos entregas ,para ser desparramados entre los pueblos.Si! Vendiste tu gente por poco dinero, y sin querer lucro alguno en el precio de la venta!" (Salmo 43, 10-13).

Llevó tiempo, mucho tiempo, para que el pueblo se convenciera de que Dios lo llamaba. La tentación de imitar a los opresores era grande. Muchos cedieron abandonaron la comunidad y vivían felices, "Haciendo crecer cada vez más su capital" (Sal. 72,12). Estos tenían hasta la osadía de decir: "¿Qué es lo que tiene que ver Dios con todo eso, si es que El sabe que pasa con nosotros?" (Sal. 72,12). Y el propio pueblo llegaba a pensar: "Entonces, ¿de qué me sirve vivir en la honestidad? ¿Para qué sirve conservar limpias mis manos? Sólo para recibir injurias todo el día y recibir reproches cada mañana?" (Sal. 72,13-14). Y venía el deseo de decir: "¿Es mi oportunidad! ¡Voy a seguir el ejemplo de ellos!" (Sal. 72,15). Pero la fe aunque débil, lo que ayudaba a resistir y le impedía seguir la manera de vivir de los opresores. El continuaba fiel y decía: "Hablar así sería romper contigo, ¡Señor y negar la fe de mis hermanos!" (Sal. 72,15).

Fue una lucha. Los hechos decían: "¡Dios nos abandonó!" (Is. 49,14; 40,27), pero la fe seguía diciendo: "¡Dios nos escogió para ser su Siervo. ¡Tenemos una misión que cumplir! Creer en quién: en Dios o en los hechos, en el corazón o en los ojos, en Isaías Junior o en el sufrimiento? No fue fácil creer en el llamado de Dios. Y había motivo para eso. ¡Había culpa!

La imagen de Dios que se distorsionó en la cabeza del pueblo

La vida del pueblo es como una balanza de dos brazos, uno para afuera y otro para adentro. El brazo de afuera es la realidad, la historia, los hechos. El brazo de adentro es la fe en Dios y en sí mismo. Los dos brazos están ligados entre sí: Cuando uno desciende, el otro sube. Ahora, el brazo de afuera recibió la carga violenta de la desgracia del cautiverio y descendió. En consecuencia el brazo de adentro quedó más liviano, subió y perdió su fuerza de resistir. O sea, la fe en Dios quedó abatida, el pueblo perdió la confianza en sí mismo, olvidó las cosas grandes de su propio pasado, quedó sin memoria, perdido, en medio de la historia.

Y ¿por qué la fe no tuvo peso suficiente para contrarrestar el peso de la desgracia? Porque debía tenerlo. La fe es como un tejado: en época de sol y de sequía el dueño no lo cuida ni lo mira y por eso, no percibe el comején que va comiendo la madera por dentro. Cuando viene la tempestad, el tejado no resiste, el viento se lo lleva y el dueño queda en lo mojado, sin protección.

Ahora bien, una idea errada sobre Dios fue comiendo por dentro la fe del pueblo, hecho comején. Pero el pueblo no miró ni tuvo cuidado. Cuando vino la tempestad de la desgracia, la fe no tenía peso ni fuerza para enfrentar la situación y voló como cosa sin valor, dejando al pueblo sin protección. Y el pueblo qué hizo? Hizo como el dueño de la casa de repente quedó mojado: echó la culpa al carpintero y dijo: "¡El me engañó! Hizo un mal trabajo!" El pueblo echó la culpa a Dios y dijo: "¡el Señor me abandonó!".

¿Cuál fue la idea errada sobre Dios que desequilibró la vida del pueblo?. Fue la idea de un Dios cuyo favor y protección pueden ser comprados por medio de promesas, ritos y sacrificios; un Dios que la gente sólo usa mientras sea útil y fácil. Una idea así es como un comején: va comiendo la fe por dentro. A la hora de la desgracia, lo que queda de ella en la cabeza del pueblo, es la imagen muerta y distorsionada de un Dios distante que se aparta del pueblo y no se incomoda más con él (Lam. 3,42-44); un Dios sin amor por su pueblo (Is. 49,14), sin fuerza para liberarlo (Is. 40,27); un Dios que no se molesta ni incomoda. Fe en un Dios así no tiene peso ni

fuerza, no sostiene nadie, desequilibra la balanza de la vida y hace al pueblo perder su fuerza. ¡Es tóxico para el pueblo!

De hecho, el pueblo puede ser vencido por fuera por la desgracia, porque antes ya se ha dejado vencer por dentro por esta idea errada sobre Dios. Por eso mismo, el pueblo se acomodó en la desgracia con la disciplina fácil: "El Señor me abandonó. Dios se olvidó de mí" (Is. 49,14).

¿Y hoy? ¿Cuál es el Dios en quién creemos? ¿En un Dios fabricado por nosotros mismos, por el sistema del mundo? ¿un Dios así no sirve para nada, a no ser para mantener y aprobar la explotación que los propios hombres inventaron!

Corromper por las ideas falsas, para poder vencer por la fuerza de las armas

No era Dios quien se olvidaba del pueblo. Era el pueblo el que había olvidado el verdadero rostro de su Dios (Is. 59, 1-2). Dios continuaba presente en medio del pueblo, muy cerca de él (Is. 55, 6), pero el pueblo no lo notaba. Era ciego (Is. 42, 19). Sin darse cuenta de la gravedad de lo que hacía, había cambiado al Dios vivo y verdadero por falsos dioses. Jerusalén llegó a tener tantos dioses, cuantas calles había (Jer. 11, 13). Isaías Junior no se cansaba en denunciar y criticar el uso de los falsos dioses prestados por Babilonia (Is. 44, 9-20; 40, 19-20; 41, 6-7). El pueblo no era inocente. Tenía culpa! (Is. 50, 1). Unos treinta años antes, Dios ya había dado aviso por boca del profeta Jeremías:

"Doble falta ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mi que soy manantial de agua viva, y se han cavado pozos, pozos agrietados que no retendrán el agua". (Jer. 2, 13).

En efecto, los opresores, antes de venir a combatir al pueblo abiertamente por la fuerza de las armas, habían conseguido para esto el apoyo de muchos líderes corruptos del propio pueblo: de sabios (Jer. 5, 5; 8, 8-9), pastores (Jer. 10, 21), sacerdotes (Jer. 5, 30-31), profetas (Jer. 2, 8:6, 13; 8, 10; 23, 11.14) y hasta del propio rey (Jer. 22,13-17). El pueblo creyó en la propaganda de sus líderes y se perdió (Jer. 23, 1-2). De nada servían las críticas y denuncias que Jeremías hacía contra los falsos dioses importados de afuera (Jer. 10, 1-16).

Las ideas de moda, propagadas por los grandes para defender sus propios intereses, lograron quebrar la fuerza del pueblo, arrancando de él, lentamente, la fe en Dios y en sí mismo. El pueblo no vio ni puso cuidado.

Dejó que el comején se comiera su fe por dentro. Y cuando vino la desgracia por la fuerza de las armas de Nabuconodosor, apenas manifestó hacia afuera la dolencia escondida que ya había hecho estragos en todo el organismo, por dentro.

De hecho, el pueblo tenía la culpa. No era inocente. Daba comida y lecho a sus opresores. No supo escuchar los avisos contra el peligro de los falsos dioses, importados por los grandes. Basta escuchar lo que dice el Salmo 113:

"Ellos (los grandes) también tienen allá sus dioses: dinero, poder, placeres, cosas que ellos mismos hacen o desean; objetos apenas, que no oyen ni hablan, no ofrecen seguridad; su valor es aparente. Iguales a ellos son los hombres que lo buscan y que ellos confían. Pueblo de Dios, confía en el Señor busca en El tu auxilio y tu protección!" (Salmo 113,12-17).

"YA NO VEO NINGUNA SALIDA!"

Todo esto muestra que la crisis de fe era realmente muy grande. El profeta Jeremías todavía trató de animar al pueblo por medio de una carta. Decía que Dios los había llevado al cautiverio, con el fin de abrirles a un nuevo futuro y nueva esperanza (Jer. 29, 11). Pero cómo creer en estas palabras, cuando los hechos parecían decir lo contrario? Cómo creer aún en la bondad, en el poder, en la justicia y en la fidelidad de Dios con tantas heridas en el alma?

Las nubes que quedaban entre el sol y la tierra eran tan oscuras, que la luz desapareció. Los hechos que quedaban entre Dios y los ojos de la fe eran tan terribles, que llegaron a esconder la luz de la presencia de Dios. Transformaron el día en noche. El pueblo no explicar estos hechos a la luz de su fe disminuida, y se perdió.

Parecía el ! Sálvese quien pueda! Miraban al pasado: ña desgracia ! Miraban al presente: el abandono! Miraban al futuro: el desespero! Miraban hacia afuera: la esclavitud! Miraban hacia adentro: El desánimo ! Miraban sobre la tierra : nada! Ninguna señal! Dios no se manifestaba! Faltaba la luz de un posible camino. Todo oscuro. Noche total! "Dios me hace vivir en las tinieblas! Ya no veo ninguna salida" (Lam. 3,6.7). El hombre de las Lamentaciones cantó la pura verdad. Así será!.

Así lejos de la patria, en aquella misma tierra de Babilonia, donde Abraham había escuchado la voz de Dios por primera vez y de donde él había salido lleno de esperanza en busca de la tierra, de un pueblo y de bendición (Gen. 12, 1-4), era allí donde el pueblo estaba de regreso, pero ahora sin esperanza, sin tierra, sin bendición y sin ser pueblo! La historia fue a terminar allí donde había comenzado. Sólo quedó el dolor y la nostalgia!

"Sentados al borde de los ríos de Babilonia, llorábamos de nostalgia por nuestra tierra. En los árboles que se encontraban allí, habíamos colgado nuestras arpas. Pues los que nos habían llevado al cautiverio, tuvieron la osadía de pedirnos un canto. Esos, que nos hacían llorar de amargura querían oír de nosotros una canción de alegría: "Cántennos un canto de su tierra!" Pero cómo podríamos entonar cantos de nuestro Dios, lejos de El, en una tierra extranjera?" (Salmo 136, 1-4).

EL SECRETO DEL LLAMADO DE DIOS

Esta era la situación del pueblo en el cautiverio. Si ya era grande la desgracia que, de afuera, cayó sobre él, mayor era el vacío sin cura que se abrió en su alma. Todo era muy confuso. La misma persona que decía: "Se acabó mi esperanza que venía de Dios" (Lam. 3,18) también decía: "A pesar de todo, hay en el corazón algo que me hace tener esperanza" (Lam 3,21). Hoy, uno encuentra la misma situación. Doña Teresita decía: "La única cosa que queda para nosotros en este mundo es sufrir!" Pero también decía: "Un día, eso va a cambiar! Dios lo ayuda a uno!".

Por un lado, a pesar de todas sus fallas, errores y desengaños, había en el pueblo una semilla buena que no se corrompió: oprimido, el no oprimía; aplastado, no aplastaba; tratado injustamente, no respondía con injusticias; se mantenía fiel al derecho y a la justicia, y resistía contra la opresión.

Por otro lado, a causa de aquella imagen muerta y tergiversada de Dios, los ojos del pueblo estaban ciegos y no observaban la semilla de resistencia y de esperanza que en él existía (Is. 42,19). El pueblo no veía ningún valor en este modo de vivir suyo, de sufrir y de resistir allí en el cautiverio. Aquello le parecía una vida sin sentido y sin futuro (Is. 49,4). Pensaba que los hechos habían escapado de la mano de Dios. (IS. 40,27). No era capaz de percibir las señales de la presencia de Dios en los hechos de su vida (Is. 43, 19).

No se daba cuenta de que , en todo , Dios lo conducía, Buscaba a Dios fuera de la vida, fuera de la historia, y no lo encontraba (Is. 55,6-7): (Sal. 41,40). Sólo encontraba las ilusiones de los falsos dioses importados de afuera (Is. 48,5). No era capaz de darse cuenta de lo positivo que existía en su propia vida, y se perdió.

Realmente, en la cabeza del pueblo la confusión era muy grande. Con los pies practicaba una cosa, con la cabeza pensaba otra. Dios seguía presente en la práctica de los pies, pero no estaba otra. Dios seguía presente en la práctica de los pies, pero estaba casi ausente del corazón y de la cabeza. Fue sustituido por aquella imagen muerta y tergiversada de los dioses importados que sólo servían para apoyar a los opresores del pueblo.

El pueblo parecía una raíz viva, enterrada en un suelo seco, sin tronco y sin ramas. Parecía una brasa escondida debajo de las cenizas de la desgracia, donde no se sabe si el fuego está prendido o apagado. Todo era muy confuso: mezcla de tinieblas y de luz, de desespero y esperanza, de incredulidad y de fe, de opresión y de justicia.

Pero este fue el secreto del llamado de Dios. El supo llegar a aquella pequeña semilla de resistencia y de esperanza, escondida dentro del pueblo. Sopló sobre las cenizas de la desgracia e hizo que la brasa apagada se convirtiera en llama de nuevo. Y aquello que parecía el triste final de un incendio arrasador, se convirtió en el comienzo de una hoguera de fiesta, de alegría y de purificación.

Cercado por todos lados, el pueblo del cautiverio ya no veía ninguna salida. Parecía el sertao en época de sequía. Pero la esperanza de una buena lluvia no muere nunca! Y la lluvia cuando cae no necesita de entrada ni de salida. Cae de lo alto entra en el suelo, despierta la semilla y, de la tierra, hace brotar la planta que mata el hambre del pueblo (Is. 55, 10-11). Eso fue lo que pasó! Aquel pueblo desterrado recibió la lluvia invisible del llamado de Dios y, de aquella semilla pequeña, nació el hilito verde de la esperanza. Nació la nueva conciencia, tan bien expresada en el segundo cántico que vamos a leer ahora.

EL PUEBLO CUENTA COMO DESCUBRIO SU VALOR

'Escúchenme islas, pongan atención, pueblos lejanos! Todavía estaba en el seno de mi madre y el Señor ya me llamaba; desde las entrañas maternas El ya pronunciaba mi nombre. Hizo de mi boca una espada cortante y me guardó al alcance de su mano. Hizo de mí una flecha puntiaguda y me escondió en la caja de sus flechas El me dijo: "Tu eres mi Siervo! Tu me das mucha satisfacción!" Y yo andaba diciendo: "me cansé en vano! para nada he gastado mis fuerzas!" En realidad, mi derecho, el Señor lo defendía y mi salario, Dios lo aseguraba! Fui tomado en serio a los ojos del Señor, Dios se hizo mi fuerza!" (Isaías 49, 1-4).

Vale la pena leer este testimonio unas dos o tres veces y preguntarse: "Qué fue lo que produjo un cambio tan grande en aquel pueblo confundido y desanimado?" No parece el mismo pueblo! Parece una nueva creación! Detrás de este testimonio tan vivo, se esconde el secreto del Siervo de Dios. Voy a llamar la atención sobre algunos puntos:

A pesar de ser poca gente, perdida en medio del imperio de Babilonia, este pueblo tiene el coraje de afirmarse delante de todas las naciones: "Escúchenme islas, pongan atención pueblos lejanos!" (Is. 49, 1). El Siervo perdió el miedo! Se reencontró consigo mismo y con su misión. Sabe quien es El y cómo debe y hablar.

Antes de descubrir el llamado de Dios, al pueblo le aprecia que su resistencia contra la opresión no tenía ningún valor, y decía: "Me cansé en vano, para nada he gastado mis fuerzas!" (Is. 49, 4). Pero ahora descubre que es precisamente esta vida suya prolongada y sufrida que hace de él el Siervo de Dios: "Tu eres mi Siervo! Tu me das mucha satisfacción!" (Is. 49, 3). Aquellos mismos hechos que antes causaban desánimo y tristeza, empiezan a ser ahora motivo de esperanza y de alegría. El pueblo empieza a observar el otro lado de los hechos.

Empieza a releer su propia historia y descubre que el llamado de Dios ya venía de antes del nacimiento. Ya era su destino, desde el seno materno. "Desde las entrañas maternas, El ya pronunciaba mi nombre. Todavía estaba en el seno de mi madre y el Señor ya me llamaba!" (Is., 49, 1). Descubrir el llamado de Dios fue para él lo mismo que descubrir el sentido de su vida y de su historia.

Más todavía. El sabe ahora que su vida es un arma peligrosa en la mano de Dios, lista para ser usada contra los opresores; "espada cortante y flecha puntiaguda" (Is. 49, 2). Pero es Dios el que guarda el arma. El se encarga y determina su uso en vista de la misión.

Este es el testimonio del pueblo del cautiverio! De la confusión y el desespero no quedó nada! Parece otro pueblo el que está halando. ¿Qué fue lo que produjo un cambio tan grande? Cual es el secreto del Siervo de Dios?

EL SECRETO DEL SIERVO DE DIOS

Lo que más llama la atención en el testimonio del Siervo es la certeza que él tiene de la presencia de Dios en su vida. El redescubrir al Dios vivo y verdadero produjo un estallido que hizo al pueblo renacer y lo llenó de gratitud: "Fui tomado en serio a los ojos del Señor! Dios se hizo mi fuerza! (Is. 49, 4). Dios entró, y el pueblo cambió! Cambió de patrón y empezó a observar todo de otra manera. No quedó nada de aquella imagen muerta y tergiversada de Dios que le impedía observar la situación. El pueblo se echó colirio en los ojos, hizo una revisión total y arrojó fuera lo que quedaba en él de las ideas falsas de sus opresores. El Salmo 72, que no se sabe bien en qué época fue escrito, da una idea del cambio que se produjo en el pueblo y levanta un poco el velo que encubre el secreto del Siervo de Dios. Dice así:

"Ahora me doy cuenta que la existencia de esos hombres está asentada sobre arena. Tu, Señor, lo harás caer en la ruina. En un instante, todo estará destruido, parecerán consumidos por el terror. Pues Tú no lo tratas como una pesadilla, cuyo recuerdo se esfuma al despertar. Realmente, en medio de mi amargura y rebeldía, yo me comportaba como un ignorante, como un animal sin tener conciencia de estar cerca de ti

Señor. Ahora sé que estoy siempre cerca de ti: Tu mano me ampara, tu providencia me guía, para llevarme a la felicidad. Pues, qué puede satisfacerme, tanto en el cielo como en la tierra, si yo estuviera lejos de ti, Señor? Pueden golpear mi cuerpo y hasta despedazar mi corazón. Mi vida tiene otro fundamento, el futuro que me espera es el Dios eterno!

Lejos de Ti es imposible vivir! La infidelidad para contigo es el principio de la muerte. La felicidad yo la encuentro en el camino hacia el Señor. La seguridad de mi vida es Dios para siempre!" (Sal. 72, 18-28).

Este salmo no necesita comentario. Habla por sí mismo y esclarece el descubrimiento hecho por el pueblo que decía: "En realidad, mi derecho el Señor lo defendía y mi salario, Dios lo aseguraba!" (Is. 49, 4). Las cosas que antes lo preocupaban ya no lo preocupan. Dios me encargó, y el pueblo está libre para asumir su misión.

EL PUEBLO CUENTA COMO ENTIENDE LA MISION QUE RECIBIO DE DIOS

"Y ahora Dios habla, El que me formó, como su Siervo, desde el seno materno, para que le traiga a su pueblo de regreso y lo reúna de nuevo en torno a él; El me dice: Es muy poco que seas mi Siervo solo para restablecer las tribus de mi pueblo y reconducir a los sobrevivientes de Israel. Voy a hacer de ti la luz de las naciones, para que mi salvación llegue hasta el fin del mundo!" (Is. 49, 5-6)

Por este testimonio del propio Siervo, uno percibe que el descubrimiento de la misión no se dio de una sola vez, sino que fue un largo proceso. Primero, el Siervo pensaba que su misión era sólo con el pueblo de Israel. Después, descubrió que esto no bastaba. Su misión debía alcanzar a todos los pueblos. El debía ser "luz de las naciones" (Is. 49, 6).

En este segundo cántico la misión del Siervo aparece más clara que en el primero, La tarea de "unir al pueblo" o de "ser la alianza del pueblo" (Is. 42, 6) asume ahora la forma concreta de un proyecto: reconducir a los sobrevivientes de Israel y traerlos de regreso, organizarlos nuevamente en tribus y reunirlos en torno a Dios. (Is. 49, 5-6). O sea que el Siervo es llamada para restablecer la Alianza de Dios con su pueblo como hiciera Moisés y Josué en el comienzo de la historia. Moisés y Josué organizaron las doce tribus en una sociedad igualitaria, reglamentada por la Ley de los diez Mandamientos, sin opresores ni oprimidos.

Todo eso también aclara mejor como se dio el llamado de Dios "**Desde el seno materno**" (Is. 49, 1.5). Cuándo el pueblo estuvo en el seno materno? Fue en la época en que esta siendo formado como Pueblo de Dios, es decir, en la época de Moisés y de Josué. Desde aquel remoto inicio, "desde el seno materno", venía el llamado de Dios para que ellos

se organizaran como un pueblo fraterno en una sociedad igualitaria, donde no hubiese ni opresor ni oprimido. Muchas veces olvidado y abandonado, este ideal igualitario despertaba siempre de nuevo en la memoria del pueblo y le recordaba su misión. Eso fue lo que pasó allá en el cautiverio. El antiguo ideal renació, nuevo y actual, y el pueblo reencontró ahí su misión como Siervo de Dios: "Dios me formó, como su Siervo, desde el seno materno, para que trajera a su pueblo de regreso y lo reuniera de nuevo en torno a El!" (Is. 49, 5).

Ejecutando esta misión, el pueblo descubre que el "Proyecto de Dios" es más amplio que el pueblo de Israel (Is. 49,6). Cómo se dio esta apertura hacia los otros pueblos? El pueblo vivía fuera de su tierra, esclavizado por el rey de Babilonia. Vivía perdido en un inmenso imperio, donde la mayoría de los pueblos eran explotados para servir a los intereses de Nabucodonosor. Ahora, cómo crear un nuevo proyecto de vida comunitaria sin despertar los intereses de los otros pueblos oprimidos, ansiosos de liberación? Cómo crear una convivencia igualitaria entre los miembros del pueblo de Israel, sin perjudicar los intereses del rey de Babilonia? Cómo, al mismo tiempo, creer en un Dios único, Padre de todos y creador del Universo, y seguir ignorando a los otros pueblos oprimidos? En la nueva situación en la que estaba el pueblo, allá en el cautiverio, el "Proyecto de Dios" ya no podía ser sólo para el pueblo de Israel. Tenía que alcanzar, necesariamente, a los otros pueblos. La situación en que vivían los ayudó a entender mejor su misión. Descubrieron que debían ser "Luz de las naciones" para que la salvación de Dios pudiese llegar hasta el fin del mundo (Is. 49, 6)

SEGUNDO CANTO, SEGUNDO PASO

Este fue el segundo cántico, el segundo paso. Dios supo comprender la dificultad de su pueblo. Como un novio obstinado que no abandona fácilmente su primer amor. (Is. 62, 5), El siguió insistiendo. Al fin, acabó venciendo. El pueblo se convenció y se rindió al llamado. Empezó a despertar, dio el segundo paso y asumió su misión como Siervo de Dios.

Sólo puede dar el segundo paso a quien dio el primero. O sea que el pueblo sólo puede entender el llamado de Dios, porque antes ya practicaba el derecho y la justicia. Ya estaba resistiendo contra la opresión. Sin esta práctica del primer paso, jamás habría dado el segundo, ni lo habría

entendido. El tallito de la esperanza sólo nace de la semilla de resistencia, escondida dentro del terreno de sufrimiento del pueblo oprimido. El primer paso alcanza a los pies del pueblo, el segundo ya alcanza el corazón y la cabeza.

El segundo paso es éste: asumir conscientemente la práctica del derecho y de la justicia; convencerse de que esta práctica humilde y dolorosa es el comienzo del futuro que Dios quiere crear para todos; convencerse de que ésta es la misión que Dios nos pide; tratar de expresar todo esto en un proyecto concreto y viable, que tenga en cuenta la historia y la tradición del pueblo; tener conciencia de que la realización de este proyecto va a tener repercusión sobre la sociedad y va a ser una señal y una luz también para aquellos que no pertenecen a la comunidad.

Continuando con lo que el padre Alfredo me pidió, voy a contar ahora la historia del tercer paso, siguiendo el derrotero del tercer cántico.

4.- La espiga de la historia: tiempo de lucha y de espera

Tercer canto - Tercer paso Isaías 50, 4-9

ENTRE EL SEGUNDO Y EL TERCERO PASO

Para ayudar a entender el segundo cántico, conté la larga historia del desánimo y del cansancio del pueblo. Ahora, para ayudar a entender el tercero, me gustaría hacerles unas preguntas a Isaías Junior sobre su manera de trabajar con el pueblo oprimido.

"Isaías Junior, cuál fue la manera que usted encontró la manera que usted encontró para ayudar a aquel pueblo del cautiverio a descubrir la presencia de Dios en su vida? Es fácil para uno decirle a un oprimido que sufre: "Valor! Dios está con usted! "Nabucodonosor, el opresor, también decía!" Cuáles son los rasgos del rostro de nuestro Dios, para poder distinguirlo de los falsos dioses? Cómo hace usted para destruir aquella imagen muerta y desvirtuada de Dios que el pueblo alimentaba dentro de sí para desgracia suya y para felicidad de sus opresores? Cómo hizo para llevar al pueblo a creer nuevamente en sí mismo? Cómo hizo para que el pueblo asumiese aquella su ida sufrida como expresión de su misión? Son muchas las preguntas. Lo sé. Pero todas son importantes para nosotros porque hay

enfrentamos el mismo problema en nuestras comunidades. Si usted pudiera darnos una orientación, sería una buena ayuda para nosotros!".

El cuarto canto del Siervo. Dolores Aleixandre. RSCJ, Universidad de Comillas, Madrid. "Uno es pobre, no sabe nada. Lo único que nos sobra en este mundo es sufrimiento. De eso sí sabemos". Son palabras de una mujer campesina brasileña, recogidas por Carlos Mesters, en su comentario a los cantos del Siervo del libro de Isaías (1). Su lectura nos ayuda a contemplar en la figura del Siervo al pueblo "que sabe de sufrimientos", oprimido, desfigurado, no tenido en cuenta, sin apariencia de persona, sin un mínimo de reconocimiento, explotado y despreciado. Este personaje misterioso, al que se refieren los cuatro cantos, aparece en los tres primeros (Is 42, 1-9; 49, 1-13; 50, 4-9) como alguien que vive una particular calidad de relación con Dios y con el pueblo. Debe llevar a cabo lo que Dios le confía: proclamación alegre de una buena noticia, «palabra de aliento al abatido», reunión de los dispersos de Jacob, irradiación de una justicia más vivida en su persona que anunciada. Por eso compromete en ello sus palabras, sus actitudes y sus acciones: esa será su manera de conseguir reagrupar al pueblo del Señor y de llegar a ser luz de las naciones. En el cuarto canto, la situación cambia: si en los otros tres el Siervo es alguien activo que tiene como misión "dictar la ley a las naciones" (42, 1); "hacer justicia lealmente, sin desmayar ni quebrarse hasta implantar en la tierra el derecho" (42, 4); "abrir los ojos de los ciegos, sacar del calabozo al preso, y de la cárcel a los que viven en tinieblas" (42, 7), ahora el Siervo ya no habla, ni proclama, ni consuela, ni anuncia, ni anima: el encargo que se le había confiado lo realiza "soportando", "aguantando", "cargando con", "traspasado y triturado"... A la palabra del que no quebraba la caña cascada ni apagaba el pábilo vacilante, ha sucedido el silencio total. "Lo que agrada al Señor" se cumple, pero no tanto por él cuanto en él mismo. Ya no actúa, sólo padece las acciones de otros. Y es sobre todo aquí donde la mirada del lector no puede menos que ver, "superpuestos sobre el rostro del Siervo, los de un colectivo ingente de seres humanos que hoy pueden ser descritos con sus mismos rasgos. Esa va a ser la clave de lectura que emplearemos en estas páginas: nos acercaremos al texto focalizando una serie de expresiones, en especial las referidas a la mirada y a la sensibilidad en general, que nos ayuden a realizar esa lectura colectiva que vamos a limitar en este caso a un grupo concreto de seres humanos: las poblaciones indefensas de Ruanda, Burundi y República Democrática del Congo, en estos momentos prácticamente o, mejor dicho, "estratégicamente" olvidados (2). El objetivo es que este tipo de aproximación al texto, a partir de la situación de las víctimas, nos permita participar del "desvelamiento vivido por el autor del relato. Porque lo que encontramos en el poema no es tanto una descripción de los sufrimientos de un enviado de Dios, sino el testimonio de la conversión en su forma de conocer de quienes contemplaron al Siervo y que, a través de él, transformaron su percepción y su sensibilidad. Y es esa misma transformación la que estamos llamados a actualizar hoy. 1. Aproximarnos al texto Comenzaremos por hacer una lectura del cuarto canto (Is 52, 13-53, 12), utilizando como criterio de separación de párrafos el de quiénes van tomando sucesivamente la palabra. a) Comienza hablando Dios con una llamada de atención hacia su siervo. Anuncia la exaltación de un personaje desfigurado que va a causar asombro estupefacción. Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él, porque, desfigurado, no parecía hombre ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos; ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito. b) Desde 53,1-6 toma la palabra un "nosotros" coral que va describiendo primero los aspectos más

exteriores del Siervo, pasando después a una reflexión más profunda sobre el significado de su sufrimiento: ellos mismos están implicados en el dolor del Siervo. ¿Quién se creyó nuestro anuncio? ¿A quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, no tenía figura ni belleza que atrajera nuestras miradas. Despreciado y evitado de la gente, un hombre hecho a sufrir, acostumbrado al dolor; al verlo se tapaban la cara; despreciado, lo tuvimos por nada; a él, que soportó nuestros sufrimientos, y cargó con nuestros dolores, le tuvimos por un contagiado, herido de Dios y afligido. El, en cambio, fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Sobre él descargó el castigo que nos sana, y con sus cicatrices nos hemos curado. c) A partir del v. 7, y hasta el 10, ha desaparecido el "nosotros", y el desconocido que habla ahora no se va a fijar en el beneficio producido, sino en las actitudes del Siervo, en su manera de vivenciar internamente los acontecimientos. Todos errábamos como ovejas, cada uno por su lado, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, se humillaba, no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, no abría la boca. Sin arresto, sin proceso, lo quitaron de en medio, ¿quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento; si entrega su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años, y por su medio triunfará el plan del Señor. d) En los dos últimos versos (11-12), es el Señor quien toma de nuevo la palabra para descifrar el sentido de la existencia de su Siervo. Por los trabajos soportados verá la luz, se saciará de saber; mi siervo inocente justificará a todos porque cargó con sus crímenes. Por eso le asignaré una porción entre los grandes y repartirá botín con los poderosos: porque vació su vida hasta la muerte y fue contado entre los pecadores, cargó con el pecado de todos e intercedió por los pecadores. En el texto aparecen dos planos, dos niveles en la relación con el Siervo, en cuanto a su condición de "hombre de dolores": uno de ellos es el de la apariencia, que provoca repulsión y rechazo; el de sus carencias de belleza y de aspecto humano, que son causa de espanto y distanciamiento. La consecuencia de verlo tan hundido por el dolor es juzgarlo de un modo severo, que no hace sino seguir la doctrina tradicional: es alguien herido por Dios y, por lo tanto, castigado. Se lo puede despreciar y evitar. Pero, a lo largo del discurso, se produce el descenso al nivel de la realidad que se ocultaba debajo de las apariencias: eso que soporta son "nuestros sufrimientos"; eso que aguanta son dolores nuestros; ese castigo que ha caído sobre él lo merecíamos nosotros, son nuestros pecados los que pesan sobre él. Se ha producido un desvelamiento y la repulsión ha dejado paso a la atracción; la desfiguración se ha convertido en transfiguración. Se confiesa algo insólito y heterodoxo, que rompe con la teología imperante: a pesar de su quebrantamiento, Dios estaba de su parte, y eso quiere decir algo tan revolucionario como que la fidelidad y la elección de Dios no se rompen con el sufrimiento, y que la bendición no implica necesariamente una vida feliz. 2. "Ante el que se oculta el rostro..." Descendamos ahora, aunque sea bruscamente, a nuestro presente, desde la mirada de otro testigo de los sufrimientos del Siervo. "Estuvimos en el lugar donde se refugiaban 300,000 hutus ruandeses en el Zaire a quienes los sofisticados satélites norteamericanos no querían ver y a los que se negaba la existencia [...] Es increíble lo que está ocurriendo ahora mismo en los Grandes Lagos, en medio de un silencio mediático impresionante. En este momento, la situación ha pasado a convertirse en la mentira! mediática más grande, la causa más dura y más perdida del presente. Para un ghandiano, la mentira es casi tan grave como la violencia, cuando se engaña a la opinión pública, estamos creando los gérmenes de la violencia y somos culpables de ello" (3). No nos sorprenden sus palabras:

una de las experiencias más frecuentes de la situación de las víctimas es la de la noexistencia, la de no contar. En palabras de Manuel Scorza: "No lo veían porque no lo querían ver. Era invisible, como invisibles eran todos los reclamos, abusos y las quejas [...] Hablé largo rato. Ni siquiera alzó los ojos... No me vio" (4). Estamos ante un "calco" de la primera reacción de los que contemplan al Siervo: "ocultar el rostro", y podemos reconocer en ella el rechazo de nuestra sensibilidad ante todo lo que no coincide con los cánones impuestos por una cultura que sólo aprecia lo que encierra poder, belleza o triunfo. Tenemos muchas formas más o menos sutiles de convertirnos en expertos en evasión y desentendimiento, de ocultar el rostro ante el dolor ajeno, de evitar a quienes lo padecen, despreciarlos y justificar teológica (o económica, o socialmente) su situación. Y nos hacemos merecedores entonces de una de las peores desgracias que pueden acontecernos: la de la pérdida de sensibilidad ante la alteridad. ¡Ay de aquellos que sólo contemplan lo bello, sano, poderoso y no esperan salvación de lo más bajo y humillado, porque no podrán contemplar la salvación que brota en el Jesús encamado desde abajo! (5). Una discípula de E. Levinas, Catherine Chaliel, recuerda la preocupación del filósofo judío por la contemplación del rostro del otro. "En un mundo presa de la violencia y del drama de la indiferencia del hombre por el hombre, sin ojos ni corazón más que para los propios intereses, para verter la sangre inocente y ejercer opresión, el encuentro del rostro aún podría romper la dura corteza que, con demasiada frecuencia, hace de cada cual un ser para sí. Podemos limitarnos a analizar un rostro des-figurándolo y, por ello, destruyéndolo como tal al rehusar afrontarlo... Para acceder al significado del rostro hay que dejar de querer imponerse a los otros... El encuentro con el rostro del otro es una epifanía, un acontecimiento que necesariamente sorprende al sujeto, o que le sobrecoge y hace daño. Pero este daño, que se asemeja al dolor de saber que este rostro está amenazado por la violencia y la muerte, no incita a la morbidez: aviva el sentido de la responsabilidad infinita del yo para con el otro. Por su desnudez, el rostro del otro está expuesto a los múltiples peligros que acechan a los que no saben defenderse o socorrerse: su vulnerabilidad anuncia la constante posibilidad de su muerte. Sin embargo, por esta misma razón, mirarlo es oír al punto estas palabras viejísimas y olvidadísimas: "No matarás". Esta resistencia del rostro a la eventualidad del gesto asesino no elimina, por desgracia, la realidad concreta del crimen, y ni siquiera esas formas cotidianas tuyas que son el desprecio y la negación del otro de pensamiento, palabra y acto... Estos gérmenes homicidas [...] arraigan en la voluntad de eliminar de la tierra la presencia enigmática de la alteridad" (6). En una reunión con un grupo de gente de un barrio popular, una señora comenzó a hablar diciendo: "Nosotros, los imaginarios...". Estaba usando para definirse una expresión que había escuchado con referencia al grupo con el que compartía su identidad y se confundía con la palabra marginado. Pero su expresión era correcta, porque una de las experiencias más fuertes de las víctimas de la cultura de la pobreza es la de la no-existencia (7). Hoy contamos con excelentes pretextos para "taparnos el rostro" y Juan Carrero nos avisa sobre distintos tipos peligrosos de "venda". -Dejarnos engañar por la poderosa campaña mediática que, tras el genocidio de cientos de miles de tutsis y hutus moderados en 1994, ocultan ahora a la opinión pública internacional otro genocidio mucho mayor de varios millones de hutus y justifica el brutal apartheid que sufren los supervivientes de esta etnia mayoritaria. Mons. Munzehirwa, obispo jesuita de Bukavu, tres días antes de ser asesinado, había clamado al igual que Mons. Romero: pedimos a los lobbies tutsis que dirigen Rwanda y Burundi que dejen de organizar la desinformación a fin de engañar a la opinión internacional. -Darle una importancia trascendente a la labor humanitaria cuando, en realidad, las causas del genocidio en África central son descaradamente políticas y económicas. Las decisiones se toman en Washington, mientras que en la Unión Europea no existe

una política común en materia de relaciones exteriores, lo que hace que Europa sea en estos momentos un gigante de ayuda humanitaria, pero un enano diplomáticamente hablando. En los Grandes Lagos hay unos intereses económicos brutales, se manejan ejércitos, se manejan poderosísimos imperios mediáticos y hemos llegado a un extremo en que la gente ha confundido la realidad que nos cuentan los medios de comunicación, con la misma realidad y en medio de esa franja está la opinión pública. Sólo algunos periodistas independientes de Nueva York han denunciado que las grandes corporaciones económicas multinacionales son propietarias del 75 por ciento de los medios de comunicación. -Quedarnos en la superficie de las situaciones, sin atrevernos a profundizar en sus últimas causas: en estos últimos años se ha constatado un cambio político importante, desde el momento en que Estados Unidos ha mostrado su interés comercial en África y lo que ahora está comenzando ahí es un proceso muy semejante a los que surgieron en Latinoamérica durante los años de las dictaduras. Aunque se ha intentado hacerlo pasar como una rebelión interna, lo que realmente ha sucedido es un cambio de dueños en la industria minera. Lo que se nos está vendiendo como una lucha entre etnias rivales, tiene sus raíces en decisiones que se están tomando en Washington. Y cuando el gobierno de Estados Unidos decide algo, casi el único que puede detenerlo y más ahora que es una potencia hegemónica, es su propia sociedad. Quizá no sean conscientes ahora mismo, pero los extremistas tutsis en los regímenes de la región se han excedido tanto que el gobierno norteamericano tendrá serios problemas por haber formado militarmente a estas fuerzas armadas genocidas en sus escuelas de adiestramiento, y por haber estado sobre el terreno cuando se producían las invasiones, de 1990 en Rwanda y de 1996 en Zaire. Dice J. M. Fernández Martos que "nacemos con ojos pero no con mirada. Para ver, basta con dirigir los ojos hacia el estímulo en cuestión. Para mirar hay que poner en marcha también el corazón" (8). Y eso supone aceptar nuestra incapacidad para relacionarnos acertadamente con el sufrimiento, nuestra necesidad absoluta de acoger una des-velación de su misterio. Y sospechar que, sin ella, lo más probable es que nos equivoquemos también al mirar en dirección a los que son sus víctimas. Necesitamos que, como los que se atrevieron a mirar largamente al Siervo y resistieron su primer impulso de alejarse de él, lo mismo que el sacerdote o el levita de la parábola, llegar a ver en él y en ellos las consecuencias de nuestro pecado: de nuestra injusticia, de nuestra inconsciencia, de nuestra cobardía, de nuestro nivel de vida... Era él quien "soportaba nuestros sufrimientos, y cargaba con nuestros dolores", pero para reconocerlo y confesarlo necesitamos tener el oído abierto de los discípulos para "creer en un anuncio", para escuchar el "mirad a mi Siervo" y dirigir nuestros ojos en su dirección, que es siempre hacia abajo, hacia las tierras áridas donde la vida humana está permanentemente amenazada. 3. El peso de lo débil Otra dimensión revelatoria que nos ofrece el cuarto canto del Siervo es la de adiestrar nuestros sentidos para que lleguen a distinguir la diferencia cualitativa que existe entre el bien y el mal. La persona de los verbos oscila constantemente entre el plural y el singular; pasa de un "nosotros", de un colectivo que se reconoce pecador, culpable, merecedor de castigo, marchando "cada cual por su camino", a un "él" solitario, el Siervo, que carga con lo de los otros, soporta sus dolores, entrega su vida, intercede por ellos... Y el resultado final no es que se imponga la desgracia que merecen los numerosos culpables, cubriéndolo todo con la cantidad de su injusticia, sino que todo eso es superado, vencido, "rehabilitado", "justificado" por la calidad del bien de uno solo que es justo. La pregunta se presentía ya en las argumentaciones de Abraham a propósito de Sodoma y Gomorra en Génesis 18, 16-33: "¿De verdad vas a aniquilar al justo con el malvado? ¡Lejos de ti hacer semejante cosa...!". Lo que en el fondo se cuestiona es de qué parte está Dios con su justicia: ¿de la cantidad del mal o de la

calidad del bien? Allí la respuesta era que diez justos bastaban para salvar a la ciudad. Aquí se llega más lejos: un solo hombre basta para salvar a todos; el bien pesa más que el mal, cualquiera que sea la cantidad de éste. Porque la justicia de Dios consiste precisamente en el perdón que se da a todos en razón de un inocente. La sanación de nuestra sensibilidad consistiría en este punto en curar nuestros ojos y nuestros oídos del pesimismo paralizante con que percibimos la realidad. Porque podemos llamar "realismo lúcido" a nuestra incapacidad para mirar y escuchar, más allá del estruendo ensordecedor de los gestos de destrucción, violencia y odio que agitan el mundo, el imperceptible murmullo de los innumerables gestos de amor, de capacidad de compartir, de generosidad y de don de sí de tanta gente. Y en ellos podemos seguir reconociendo la entrega hasta la muerte del Siervo y su capacidad de cargar con lo de otros. Vamos a proyectar esa luz del "uno" que "justifica a muchos" sobre el testimonio de una hermanita de Jesús rwandesa que pertenece a la etnia tutsi y cuya familia fue exterminada por los hutus en 1994. "Eran los días siguientes al genocidio de 1994 y yo andaba buscando una nueva razón para vivir. No sabía por donde reemprender mi vida: como tutsi, tenía que haber muerto, pero me libré y me sentía culpable. El sentido de la vida me parecía como levantar una montaña: tenía que redescubrir el rostro de Dios que estaba muy callado". Un día en Karama, una pequeña aldea, encontró a unas mujeres mucho más desamparadas que ella: las viudas. "Habían perdido su marido, sus hijos, su familia. A veces me encontraba delante de heridos que no tenían brazos o que les faltaba una pierna. Decidimos reunirnos y hablar de lo que habíamos vivido. En abril de 1995, 1056 viudas lanzaron "El coraje de vivir", un proyecto hecho a base de reuniones semanales por grupos de vecinos. Las palabras perdón y reconciliación no se empleaban. Se sabía quién había hecho qué. Las viudas estaban agitadas, querían vengarse, no soportaban ver a una mujer amamantando a su hijo. Sólo queríamos recobrar la confianza en nosotras mismas y aceptar la realidad. Decirnos, sencillamente: Esto viva, soy viuda, mis hijos o volverán". Dejábamos a la gente hablar y llorar, sin moralizar ni dar consejos; descubríamos a las personas que llevaban las heridas más grandes y eso nos curaba. Al principio nos sentíamos culpables y hastiadas de nosotras mismas, como si no fuéramos dignas de vivir en sociedad. Era el tiempo de las alucinaciones. Las viudas oían el grito de un niño que coma por la carretera pidiendo socorro, el redoble de los tambores que precedía a las matanzas, el ruido de la lluvia que caía espesa durante los tres meses de genocidio, las voces de un marido llamando a su esposa. Un psicólogo acompañó las reuniones durante nueve meses y poco a poco las lágrimas se secaron y la frustración se transformó en envidia: las viudas no podían ver una pareja caminando por la calle, una mujer llevando un niño a su espalda. Y el tiempo fue pasando: las viudas acogieron huérfanos, cuatro o cinco mujeres volvieron a casarse. El primer niño de estos matrimonios tiene ahora cuatro meses. Más tarde emprendimos una reflexión sobre el mal leyendo la Biblia, la pasión y el libro de Job. Yo descubrí que la religión cristiana era ante todo la persona de Jesús y su vida a través del evangelio, antes que los dogmas, la moral o el culto. Un día me dije que no era normal dedicarme únicamente a las viudas. Había mujeres hutus que visitaban cada día a su marido preso. Hablé de ello a las viudas y las mujeres de los detenidos dieron el primer paso: su drama era tener un marido criminal, haber vivido con él durante los acontecimientos, saber dónde iba y de dónde venía. Otras decían que su marido era inocente, que no había habido muertos ni genocidio. Después, en noviembre de 1997, una serie de circunstancias reunieron a los responsables de los equipos. Las viudas y las mujeres de los presos, que se cruzaban sin hablarse en el mercado o en el dispensario, decidieron hacer tarea común. Cuando las viudas empezaron a contar sus sufrimientos, las mujeres de los presos se callaron y este mutismo estuvo a punto de hacer explotar todo. A pesar de todo,

algunos grupos decidieron reunirse. En una sociedad donde muchos de los maridos estaban muertos o en la cárcel y los hijos muertos o exilados, estas mujeres tomaron conciencia de su fuerza, cultivando juntas campos comunales. Desde noviembre de 1997 están presididas por Serafina, viuda tutsi, e Inés, mujer de un preso hutu" (9). Teo Corral, una carmelita de la caridad, aporta estos rostros del Siervo reflejado en mujeres de Libreville: "Conocí a Tantine Marie después de la muerte dramática de Lucie, una cristiana de nuestra parroquia que no pudo soportar las presiones de su marido y se suicidó. Tantine Marie, en cambio, está orgullosa de su marido y habla de él con frecuencia. Cuando un día le pregunté: "¿Cuántos hijos tienes?". Dirigió una mirada furtiva a su vientre y dijo: "Tengo muchos". Su mirada la traicionó: en efecto, nunca pudo tenerlos: cinco abortos y tres operaciones sin resultado positivo. "Pero, añade Tantine, a pesar de ello soy feliz, espero siempre de Dios un hijo de mis entrañas, El sólo conoce el momento. Y, además, mira por qué caminos me ha hecho madre: me ha dado los hijos de Lucie. Son mis hijos. Cada día le pido a Dios: Dame mucho amor, mucha fuerza y valor para educar a mis hijos..." No las conté, pero me impresionó la cantidad de veces que Tantine habló de corazón, ternura, amor... Me dije que esta mujer ha sabido desplazar del útero al corazón el espacio de fecundidad. Porque la fecundidad es, ante todo, un asunto de amor. Sylvie vive en su propia carne el drama de muchas mujeres: "Mi marido me viola cada vez que hacemos el amor. Está celoso porque voy a la parroquia, me insulta por ello y se venga haciendo el amor con violencia, como si quisiera matarme. Cuando me quedo embarazada, me da patadas en el vientre porque, según él, vete a saber de quién será este niño. Entonces yo me curvo en dos para proteger el vientre con mis manos. Este niño me lo ha dado Dios y debo protegerlo". El cuerpo de Sylvie, marcado por una violencia brutal, se convierte a diario en un cuerpo que derrocha ternura, comprensión y consejo a su alrededor" (10). Todo este trabajo inaudito de reconciliación, toda esta mansedumbre y esta fortaleza, aunque parezca minoritario, "pesa" más que todos los odios y está justificándonos. Nuestra humanidad sigue teniendo a Dios de su parte, porque en su Hijo está viendo la belleza de todos los que se le parecen y que son los que nos siguen curando con sus heridas. 4. Unos medios desconcertantes Otra dimensión revelatoria: la mirada dirigida a un nivel más profundo que el del hacer: los que contemplan al Siervo acceden a un conocimiento diferente que les permite diferenciar "eficacia" de "fecundidad" y comienzan a ser capaces de descubrir de qué hondura de la persona nace ésta. En los otros tres cantos, el Siervo es alguien activo que debe "dictar la ley a las naciones" (42, 1); "hacer justicia lealmente, sin desmayar ni quebrarse hasta implantar en la tierra el derecho" (42, 4); tiene que "abrir los ojos de los ciegos, sacar del calabozo al preso, y de la cárcel a los que viven en tinieblas" (42, 7); aunque en medio de dificultades, siente que Yahvé lo ayuda y que nadie puede condenarlo (50, 8-9)... Todo ha cambiado en el cuarto canto: aquí el Siervo ya no habla, ni proclama, ni consuela, ni anuncia, ni anima: el encargo que se le había confiado lo realiza "soportando", "aguantando", "cargando con", "traspasado y triturado"... A la palabra del que no quebraba la caña cascada ni apagaba el pabilo vacilante, ha sucedido el silencio total. "Lo que agrada al Señor" se cumple, pero no tanto por él cuanto en él mismo. Ya no actúa, sólo padece las acciones de otros. El "brazo del Señor", que debía operar un nuevo éxodo (40, 10), interviene ahora en el destino misterioso del Siervo; la tierra desolada del desierto, que se iba a transformar en hontanar de agua (41, 18), es ahora de donde sale él como una raicilla. En el siervo sufriente, la comunidad dispersada se deja reunir, y es ahora realmente cuando cumple el encargo que había recibido y se convierte en "luz de las naciones", porque les consigue la justificación. Ante el comentario sobre lo mínimo de los comienzos a la hora de sensibilizar a la opinión pública sobre los problemas de los Grandes Lagos, Juan Carrero comenta:

"Ahora se está viendo la eficacia pero, cuando comencé, la verdad es que dudaba mucho de los resultados. Lo que ha dirigido siempre mi vida es una certeza interna, más que un concepto de eficacia. Hemos pasado momentos muy duros de incompreensión, hasta de calumnias, y los hemos pasado igual que ahora pasamos el momento del premio. Quienes creemos en la no violencia y la paz, tenemos una gran ventaja, porque ese nivel espiritual del que hablaron Ghandi y Martin Luther King no es una creencia en algo lejano, sino una experiencia cotidiana. Yo sé, aunque no sea capaz de formularlo, que hay algo más que lo visible, y por eso mismo me apunto a aquella frase que usaban amigos míos muy queridos en Latinoamérica, y es que "nosotros no estamos amenazados de muerte, sino de resurrección". Eso da un modo de funcionar muy especial y una libertad enorme para decir a quien sea lo que haga falta" (11). La contemplación del Siervo y de la eficacia de su entrega por caminos alternativos a la acción eficaz y verificable, posibilita el dedicar energías y recursos a la misma causa a las que él las dedicó, pero contando con que todo eso tiene un "más allá", apoyando en él la oscura certidumbre de que hay palabras que tienen más fuerza cuando nacen del silencio; que existe ganancia cuando parece que está perdiendo inútilmente la vida y las fuerzas: "Hace dos años emprendimos una huelga de hambre de 42 días, primero en Estrasburgo y después en Bruselas y recibimos el apoyo de 19 premios Nobel y del parlamento europeo. Lo más importante fue que la comisaria Emma Bonino, al noveno día de nuestro ayuno, decidió acudir al Congo con las cámaras de televisión y que apareciesen imágenes de aquellos refugiados a quienes se negaba la misma existencia. Después, el gobierno de Estados Unidos pidió disculpas, alegando que tenía mal enfocados sus satélites. Pero allí estaba la caravana inmensa de 300,000 personas sólo en Tinguí Tinguí. Aquello fue una denuncia pública muy importante, porque a los refugiados se les negaba la existencia, evidentemente con el objetivo de facilitar su exterminio. A pesar de ello, a pesar de la presencia de las cámaras, la política de Estados Unidos siguió inflexible, o como mínimo, prestando su apoyo a unos extremistas tutsis que ya tenían decidido eliminarlos. Al menos se consiguió salvar al 15 por ciento de aquel medio millón de refugiados" (12). 5. "Sus heridas nos curaron" Finalmente, un último movimiento del texto orienta nuestra obediencia en dirección al camino que ha conducido al Siervo a la glorificación. Desde el comienzo se anuncia el triunfo de alguien en quien se da algo "inenarrable e inaudito", algo que consigue enmudecer y asombrar a todos. La mirada que, según la lógica humana, se dirige hacia arriba (¿no va a "subir" y a "crecer"?), es obligada a volverse hacia abajo, a ras de suelo, y a contemplar la no-belleza, la no-apariencia, la no figura. Pero la transfiguración no se opera en la apariencia externa, sino en el secreto que se descubre a partir de la actitud interior del Siervo: "vacío su vida hasta la muerte" e "intercedió por los pecadores". La primera raíz hebrea empleada, 'RH, significa "desnudar vaciando". En Génesis 24, 20 es "vaciar un cántaro", una imagen cercana a la sangre derramada. Paredozen, "se entregó", traducirán los LXX; ekenosen "se vació", dirá Pablo, en Filipenses 2, 7. La segunda, PG', tiene el sentido de "encontrarse con alguien", "solicitar", "interceder", pero no tanto en la oración cuanto en un "hacer presión", "intervenir", "interponerse", como Moisés en la brecha, en el Salmo 106, 23. Al final escuchamos, por tanto, lo que era in-audito; sólo al final se proclama lo inenarrable: alguien se ha identificado tanto con sus hermanos que ha vaciado su vida en la muerte por causa de ellos. Alguien se ha compadecido tanto de ellos y con ellos que ha cargado con todos sus pesos. Alguien los ha querido tanto que se ha interpuesto, se ha puesto en su lugar. Y tan poderosa es la fuerza de su solidaridad que, gracias a ella, los culpables quedan libres de su falta; los pecadores, perdonados; los dispersos se reúnen; y los que juzgaban por apariencias, ahora se acercan al Siervo, lo contemplan, reconocen su inocencia, descubren y confiesan lo que antes estaba oculto a sus ojos.

Eso significa aceptar que la calidad de lo humano se mide por su capacidad de solidaridad. Que lo que hoy y siempre provoca asombro, arrastra y convence de alguien, no es su decir, ni su hacer, ni su emprender, ni su predicar, sino su disposición a vincular su vida a la de los otros, a hacerse cargo y encargarse y cargar con lo que los agobia y los pesa y les impide ser libres y felices. Hemos visto cómo en los que contemplan al Siervo se da un "descenso de nivel", en cuanto a su comprensión del significado de su prueba. Sólo en ese segundo momento llegan a entender que su disposición interna hacia ellos ("se entregó", "intercedió", dice el texto; "solidaridad", traducimos nosotros), que antes no habían sido capaces de descubrir, era el elemento clave que lo explicaba todo. Podríamos decir que éste es el elemento unificador entre las etapas anteriores más "activas" de su misión y la que describe el cuarto canto. En éste, una de las dimensiones de su "aguante" consiste en permanecer fiel en su voluntad de vinculación y de servicio, incluso cuando lo más hondo de su actitud hacia los otros no es reconocida. El amor es fecundo también en sus fases de "latencia", y entonces es cuando se enraíza y se cimenta y se verifica; que, aunque resulte una locura, hay que seguir intentando, como él, vivir abiertos y vulnerables; y que en ese querer, y esperar, y echar raíces en la voluntad de entrega, está el camino escondido por el que podemos llegar a "ver la luz", "sacarnos de conocimiento" y "llevar a término lo que el Señor quiere". Mucha gente sigue hoy viviendo desde ahí y es uno de los mayores dones del Espíritu el llegar a percibir ese rumor en medio del estrépito ensordecedor de los actos de odio, de violencia y destrucción que agitan el mundo. Desde esa otra "longitud de onda", que da la esperanza, es posible percibir el imperceptible murmullo de los i